

Tinta indeleble y de color púrpura

Seudónimo – Amor vincit omnia

*“Todo tiene un tiempo y todo lo
que se quiere debajo del cielo tiene su hora”.*

Eclesiastés 3, 1-8

La liturgia se repite, cada día. Se miran a los ojos, pero es tal la fugacidad de esos instantes que desconocen el color de sus pupilas. Cuando coinciden en la calle, no se hablan, es tal su timidez que podrían tartamudear y hacer el ridículo. Además, ¿qué podrían decirse?, no son sus labios los que tendrían que hablar, sino su corazón, ese órgano bañado en sangre que carece de la facultad de articular palabras, con lo fácil que sería dejar que sus corazones desaguaran todo aquel caudal de sentimientos. Y en la iglesia, durante la misa mayor de los domingos, bajo el coro abovedado con las últimas lacerías del gótico, es como si sus mejillas ardieran con el fuego que consumió a algún santo mártir —san Lorenzo, quizá— cuando rozan sus manos al darse la paz, ese momento tan deseado y tan temido, tal vez alguien pudiera darse cuenta de lo que sienten, de lo que sufren, de lo que tanto ansían.

Carmelo es chacinero. Aprendió el oficio de su padre y de él heredó el obrador donde trabaja. Lo heredó en un estado lamentable, el viejo jamás consideró la necesidad de casar sus afanes con la higiene y la salubridad de aquel cuchitril sin ventanas donde alumbraba chorizos, longanizas, salchichones y morcillas. Cuando él falleció, a Carmelo le faltó tiempo para remozar el local. La parte inferior de la puerta era un compendio de tablas mal trabadas que permitía el tránsito de gatos, ratones, cucarachas y moscas con reflejos de topacio, así que un remiendo de chapa galvanizada terminó con aquellos trajines tan indeseables. Desterró la mesa de madera desgastada por décadas de mugre y hendiduras de cuchillo y adquirió una nueva con patas de acero y superficie de mármol pulido, una piedra en color crema y de tres dedos de espesor. El suelo de baldosas de barro se enterró bajo una capa de hormigón y las paredes de cal desconchada se ataviaron con la pulcritud de un alicatado que iluminó el local con reflejos albarizos. Regaló la picadora de carne al chatarrero, aquel atadizo de metales herrumbrosos accionado por una palanca giratoria. Quemó la artesa de madera de álamo donde el viejo amasaba con sus manos sucias el picadillo y las especias y arrumbó en el corral la vieja embutidora que durante tantos años rellenó las tripas de cerdo, de cordero y de ternera.

Carmelo comienza a trabajar al alba, conciliando los magros de paleta de cerdo con el tocino, la sal, el perejil y el pimentón de la Vera, pergeñando, con aquel picadillo adobado y tras unas horas de reposo, las longanizas, las ristras de chorizo, los morcones, las sartas y los chorizos culares. Mezclando la sangre con la manteca, el ajo, la canela y la pimienta. También con la cebolla bien picada, hervida y escurrida, cociendo luego aquel bodrio embutido ya en tripa de cerdo para obtener las morcillas. Después, para secarlos, Carmelo cuelga todos los embutidos de unas cañas situadas arriba, en un sobrado con ventanas orientadas al cierzo. El obrador es su vida durante demasiadas horas, un minúsculo recinto sin ventanas, solo luz blanca

restallando sobre los azulejos, sobre la mesa de mármol, sobre esa conciencia abrupta que no deja de pensar en ella, en su amada. En su amada Asunción.

Asunción cuida de su madre. Está ya muy mayor y apenas puede caminar algunos pasos ayudada por un andador de aluminio. La mujer hace la comida para ellas, y la colada, y plancha las desagradecidas prendas de algodón, y limpia las alcobas, y hace la compra en el mercado, a veces en el puesto de Carmelo: “buenos días, deme medio de chorizos, medio de morcillas, cuarto y mitad de lomo adobado, una asadura de cordero y un trozo de espinazo”. No se miran. Ambos aprietan sus labios, también entrelazan sus propias manos hasta tintar de blanco sus nudillos. No hablan de nada que no sea estrictamente necesario para culminar aquella humilde transacción comercial: “cuánto es, catorce euros con cincuenta, si no tiene los cincuenta céntimos es igual, otra vez será”. Asunción deja el billete y las monedas sobre el mostrador, tal vez para evitar un descuido, un arrimo involuntario de la piel de su mano hacia la de él, todo muy aséptico, muy pulcro, muy ajeno. Ambos musitan la despedida: “hasta luego, muchas gracias y que tenga un buen día”, mientras el incendio de pómulos y mejillas, el arrastrar las miradas por el suelo y el silencio árido que todo lo marchita, que todo lo aflige, que todo lo envenena, se adueñan de sus conciencias, qué pensaría el otro ante una muestra de sinceridad.

Asunción ve envejecer a su madre. Contempla cada día cómo su deterioro se derrama por su cabello del color de la galena, por el rostro, por el cuello, por los colgajos de sus senos, por las manos, por esa artrosis que le impide caminar tan solo unos pasos sin su andador de aluminio. Cuando Asunción mira a su madre se ve a ella misma, que ya va por los cuarenta y tantos y a este paso va a quedar solo para apagar las llamas lánguidas de los candeleros de la iglesia. Quizá también para vestir a la patrona en su camarín. Hasta que toma una decisión, tal vez la decisión más importante de su vida.

Su caligrafía es buena porque buena fue su maestra doña Isabel. El papel es de color marfil y de un gramaje especial, dos pliegos comprados a propósito en el estanco. La tinta de color púrpura es indeleble, de esa clase de tintas que no se alteran con el paso del tiempo. La carta es sincera, escrita con los entresijos del corazón, no sabe qué pensará Carmelo cuando la lea, pero le da igual. Ya es demasiado tarde, su rúbrica está plasmada y también su posdata: te amo, tuya, para siempre.

Asunción sabe que, aquella mañana, Carmelo estará en el mercado, despachando menudillos, morcillas, torreznos y chorizos de asar, sabe que no la sorprenderá introduciendo el sobre con la carta bajo la rendija de la puerta de la casa que heredó de sus padres y en la que vive junto a su timidez, junto a sus temores, junto a la soledad. Lo que Asunción no sabe es que, aquella mañana, la hermana de Carmelo está de visita en la casa. Lo que Asunción no sabe es que, aquella mañana, el sobrino de Carmelo, un niño de apenas cinco años, recogerá el sobre que yace en el zaguán y lo introducirá en la cuadra atalajada de arreos, colleras y corrientes de aire, dejándolo sobre el pesebre que sirvió para alimentar a las mulas y en el que ahora las arañas tejen encajes de polvo, viento y seda.

.....

Carmelo trocea el magro de cabezada y lo aprieta, junto a los pedazos de tocino, contra la embocadura de la picadora. Las cuchillas hacen que el picadillo salga por las perforaciones de una pieza metálica y circular, como en un parto de lombrices sonrosadas que caen sobre el lebrillo de barro. Tras su segundo matrimonio, el humor se le ha vuelto arisco, agrio como un cuartillo de leche que se deja al sol del fin del verano sobre el alféizar de una ventana. Su primera mujer procedía de Cartagena, pero no de esa ciudad con raigambres púnicas, fachadas modernistas y cerros de jara, palmito, carrascas, lentiscos y sabinas rastreras que destella junto al Mediterráneo, sino de Cartagena de Indias, aquella ciudad a orillas del mar Caribe que, defendida por el general don Blas de Lezo, supo cómo humillar a la orgullosa escuadra británica en la primavera de 1741.

Su segunda esposa arribó a España, desde Rumanía, en los adentros de una furgoneta Volkswagen como las utilizadas por el movimiento hippie en los años sesenta del siglo pasado. Sí, llegó asustada y sin dinero para aferrarse al cuello de Carmelo con una contumacia proverbial, nadie la separaría jamás de aquel hombre que una tarde se interesó por su pasado, tras unas cuantas copas de orujo, en la barra de la taberna de la plaza.

El matrimonio con la rumana duró poco, quizá por el afán de aquella mujer por traerse familiares de lugares cercanos al gigantesco delta que forma la desembocadura del Danubio en el mar Negro, familiares y algún amigo más efusivo y dadivoso con ella de lo que Carmelo consideró permisible.

Ahora el hombre trabaja en su obrador sabiendo que nadie le espera en la casa que fue de sus padres. Es lo único que conserva, la casa de sus padres y el obrador. Su apartamento, la huerta y las labranzas junto al arroyo se malbarataron para afrontar el quebranto de los dos divorcios. Ahora Carmelo solo quiere tratos con magros, solomillos y carrilladas, con tocinos, pancetas y manteca, con muñones de brazuelos y pernils, con papadas y mollejas, con mondongos y entresijos. Con el rumor inquietante de la picadora, la cadencia circular de la amasadora y los vapores de la caldera de cocer morcillas. Él y sus chacinas. No necesita nada más.

Asunción conduce sus lutos hacia la iglesia. Hace dos meses que murió su madre, pobrecilla, ya no podía levantarse de la cama. Hace ya siete años que escribió aquella carta, los mismos años que dejó de creer en el amor y en la emoción de disponer de una razón poderosa por la que levantarse al alba. La melancolía enhebró cordeles de cáñamo en esas agujas que se clavaron en su alma al ver a Carmelo del brazo de aquella colombiana de piel canela frente al presbiterio de la iglesia, jurándose fidelidad. Los cordeles de cáñamo pergeñaron nudos inextricables tan solo dos años después, cuando contempló cómo Carmelo se situaba, junto al alcalde que oficiaría el matrimonio civil, frente al salón de plenos del ayuntamiento y del brazo de aquella mujer de tez blanquísima que había llegado al pueblo hacía apenas unos meses.

Asunción sabe lo de los divorcios de Carmelo porque en un pueblo es imposible desconocer ese tipo de cosas. Lo sabe, pero no le importa. Ahora sus prioridades son otras: apagar las llamas de los candeleros de la iglesia, disponer la intendencia de los actos litúrgicos, encerar la tarima de la sacristía, hacer recuento de

limosnas y ofrendas, vestir decorosamente a la patrona en la intimidad de su camarín. Rezar por el alma de su madre.

Carmelo se levanta temprano. La amasadora se ha averiado, lo que le faltaba, las ventas están fatal y la gente está muy concienciada con eso del colesterol y el consumo de grasas saturadas. El técnico intentó repararla y ahora su despiece —el motor, los brazos y el recipiente de acero— reposa sobre una carretilla en el zaguán de su casa. El hombre guía la carretilla hacia la cuadra, ya avisará al chatarrero para que recoja aquel despojo de metal. La cuadra. Colleras, arcos y horcates. Restos de un carro de varas. Penumbra atravesada por corrientes de aire. Hace años que no entra en aquel lugar. Sobre el pesebre, las arañas tejen encajes de viento, polvo y seda. Bajo las telas de araña, bajo aquella luz de ceniza que trasmina el amanecer, Carmelo vislumbra el anverso de un sobre. Su nombre aparece escrito con tinta de color púrpura en una cuidada caligrafía inglesa. Doña Isabel fue también maestra suya, una buena maestra. Lo toma con cuidado, como si fuera un lienzo de pavesas a punto de pulverizarse. No figura ningún remitente. Carmelo aprieta las quijadas, remete los labios y achica los ojos, intrigado. Abre el sobre, lentamente, y despliega aquel papel de color marfil y alto gramaje. Y lee, lee despacio bajo aquella luz de ceniza que atraviesa la penumbra del amanecer.

.....

Asunción coloca las telas de altar, telas de lino blanco, sencillas, apenas un bordado festoneando los bordes. Las ha lavado y planchado ella misma, en algo tiene que invertir su tiempo, ahora que falta su madre. Abre la puerta tras el presbiterio y sube las escalerillas que conducen al camarín de la patrona. Acaricia la seda del manto bordado con hilos de oro y plata, hace inventario de las joyas, pasa un paño húmedo por el zócalo de unos azulejos alumbrados en los alfares de Talavera de la Reina al terminar el siglo dieciséis y luego encera el entarimado del suelo. Falta poco para la misa de las siete y media. Pasa a la sacristía y prepara las vinajeras, el cáliz y la vestimenta del párroco: el alba, el amito, la casulla, la estola.

Carmelo se planta bajo el crucero, frente a la imagen de la patrona que reina en el centro del retablo y que ya recibe por los vanos del ábside las primeras luces del alba. Viene sofocado, las mejillas restregadas de color grana por el esfuerzo de la carrera, el resuello comprometido y su corazón, ese órgano bañado en sangre incapaz de articular palabras, presto para desaguar todo su caudal de sentimientos. Asunción sale de la sacristía y ve a Carmelo allí, inmóvil, despeinado, una carta entre sus dedos, un rumor de sibilancias asmáticas que se le escabulle al respirar. A la mujer se le caen las vinajeras al suelo entre un estrépito de metal y vidrios quebrados. No se hablan, de qué serviría. Se miran a los ojos, esta vez sí, y descubren colores inéditos en sus pupilas, y sus pupilas se tornan aguazal de lágrimas, y sus lágrimas se mezclan al rozar sus mejillas, sus pómulos, los labios afiebrados. Sus manos se entrelazan y la carta, aquel pliego de papel en color marfil y alto gramaje, cae sobre las losas de piedra que cubren el suelo del crucero mientras la luz del amanecer, muy despacio, ilumina de ámbar aquellas últimas palabras escritas por Asunción con tinta indeleble y de color púrpura, una mañana de hace ya demasiado tiempo: te amo, tuya, para siempre.